



García Márquez, Gabriel
Cien años de soledad

Madrid: Alfaguara, 609 págs.

Tema: Historia de la familia Buendía y sus descendientes en Macondo, hasta el final de su estirpe (debido a la relación incestuosa entre Úrsula

Iguarán y José Arcadio Buendía), en momentos en que se inicia la modernización en el continente americano.

Por: Nelly Rocio Amaya Méndez. Periodista, crítica de literatura
Para lectores de criterio. Fecha de la reseña 22.02.07

En el marco del IV Congreso Internacional de la Lengua Española, que se llevó a cabo en Cartagena de Indias, Colombia, del 26 al 29 de marzo de 2007, la Real Academia Española, en su IV Centenario, publicó una edición conmemorativa de *Cien años de Soledad*, con valiosos aportes de quienes han seguido de cerca su obra: Álvaro Mutis, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Víctor María de la Concha, Pedro Luis Barcia, Juan Gustavo Cobo Borda, Gonzalo Celorio, además de importantes acotaciones al texto sobre su estilo y la normatividad del lenguaje, con un glosario de términos de gran ayuda para el lector.

La edición penetra en la significación de la novela que en 1967 marcó un verdadero hito en la historia literaria nacional y mundial y la consagración definitiva de su autor. Como bien señala Víctor García de la Concha, Presidente de la Real Academia Española, para llegar a su obra cumbre, García Márquez tuvo que escribir cuatro novelas anteriores: *La Hojarasca* (1955), *El Coronel no tiene quien le escriba* (1961), *Los funerales de la Mamá Grande* (1962) y *La Mala Hora* (1961), que aportarían en distinto grado materiales para su composición (p. LX), empezando a gestarse con la memoria de la historia familiar, la historia política y social de Colombia y su zona bananera, además de leyendas, tradiciones y costumbres de la región.

Efectivamente *Cien años de soledad*, constituye la culminación de un proceso de maduración que enfrenta en un mismo nivel, la realidad conflictiva e histórica, con otra creada, enmarcada dentro de lo real maravilloso. Así la novela se impone con el estatuto de escritura poética y mantiene el sustrato de tradición oral popular, que como corrobora el académico de la Lengua, encontró en el modo de contar de su abuela impasible, con cara de palo- "*el tono adecuado para expresar con capacidad de convicción la propia convicción*" (p.LXXIII).

Al comenzar la lectura, de por sí gozosa, se entrevé la realidad histórica, desde la exigua aldea de Macondo, que se va convirtiendo en pequeña ciudad activa, de comerciantes y agricultores prósperos y se entrelaza al nivel mitológico que subyace en su trama, para dar cumplimiento a la saga de la familia de los Buendía.

Con la narración de sus orígenes prehistóricos -de ascendencia andaluza y guajira-, hasta los hechos propiamente dichos de la historia de Macondo, que hacen sensible y patente, no sólo el trayecto de una sociedad desde sus albores endémicos hasta su final disolución, -cuando la modernidad, con sus transformaciones urbanas y sociales, sus guerras, sus huelgas y su ruina, la contradicen y aplastan-, sino también el carácter determinante de esta concepción del mundo con su manera de asimilar los sucesos que se avecinan.

Quizás en la costumbre endogámica de los Buendía, esté una clave para entender la final decadencia de su estirpe, que al revivir el incesto (Úrsula Iguarán es tía de José Arcadio Buendía) no logra mantener la hegemonía del clan y se diluye, al igual que el pueblo de Macondo, en una terrible borrasca que se llevará consigo su último vástago con cola de cerdo. Además el conflicto expresado, entre una realidad sociocultural, basada en la oralidad primaria -que considera las palabras como descripciones instantáneas de los

hechos-, con su mentalidad mágica, y otra más racional y escritural, que se anticipa a los cambios de la tecnología y la civilización que resultan inevitables, permite sacar conclusiones sobre el horizonte de la modernidad pretendida y postergada que nos ha constituido como nación, y que aquí se construyen desde eventos y personajes cuya consistencia espiritual abarca precisamente tal incertidumbre.

Por ejemplo, los esfuerzos delirantes del patriarca José Arcadio por aprehender la realidad desde el racionalismo y la ciencia, contrastan soberbiamente con su sorpresa ante el contacto con el hielo; su manera de asumir sin el menor asombro, el hecho de que un hombre beba una pócima y desaparezca ante sus ojos, o que el fantasma de Prudencia Aguilar lo importune todas las noches.

Así en este mundo macondiano cohabitan naturalezas diversas y contradictorias que aceptan lo maravilloso con naturalidad, dándole a lo intrascendente y cotidiano, características fabulosas. Pero esa *otredad* que viene con noticias de un más allá, de una exterioridad, consignada en los manuscritos de Melquíades, desafía el mundo íntimo y edénico de estas comunidades aisladas y autosuficientes, cuya convulsión interna resquebraja un orden medieval, aunque consiga asimilar en su seno las fuerzas de la diversidad.

Por eso, esta saga que sobrepasa el término del siglo, ha podido ser la de otros países subdesarrollados y aún de la humanidad misma en el tránsito hacia la civilización; sólo que García Márquez en la aldea de Macondo, la hizo universal. Aunque también es indudable el aporte al imaginario colectivo latinoamericano, que tuvo en su momento la novela, con personajes como el coronel Aureliano Buendía, Remedios la Bella o Aureliano Babilonia, que se convirtieron en símbolo cultural vigente, capaz de implicar un sentimiento de pertenencia, y cierta noción de identidad, ficcionalizando la historia, y describiendo sus ciclos reiterativos en torno al devenir, el destino y el tiempo.

Pues aunque reconocemos hechos y pasajes definitivos de la historia política y social colombiana: Aureliano Buendía combatiendo en medio de interminables guerras civiles, Aureliano Segundo empapelando la casa con billetes, José Arcadio Segundo saltando de un tren infinito cargado de cadáveres, podrían reconstruir la Guerra de los Mil Días, la prosperidad fruto de la indemnización por la pérdida de Panamá y la masacre de las bananeras, su potencia comunicativa va más allá de su contexto original, al ser admitida por los lectores más disímiles, que se reconocen en la fuerza de sus imágenes y en el nivel mitológico, inaprensible, misterioso y poético, que constituye el centro vital de la narración.